



ALBOAN

Horizontes de futuro



■ Experiencias ALBOAN

1. Caminando hacia el desarrollo.
Testimonios de participación local. (2007)
2. Horizontes de futuro. (2007)

Horizontes de futuro



Edita:

ALBOAN

Padre Lojendio 2, 2º • 48008 Bilbao
Tel.: 94 415 11 35 • Fax: 948 264 308
alboanbi@alboan.org

Avenida Barañain 2 • 31011 Pamplona
Tel.: 948 231 302 • Fax: 948 264 308
alboanna@alboan.org

C/ Ronda, 7, 4º I • 20001 San Sebastián
Tel.: 943 275 173 • Fax: 943 320 267
alboangi@alboan.org
www.alboan.org

Autoría: LLuis Magriñá, Renaud de Villaine, Eduardo J. Bofill,
Gonzalo Sánchez-Terán, Servicio Jesuita a
Refugiados y ALBOAN

Traducción: Sergofi

Diseño y Maquetación: Marra, S.L.

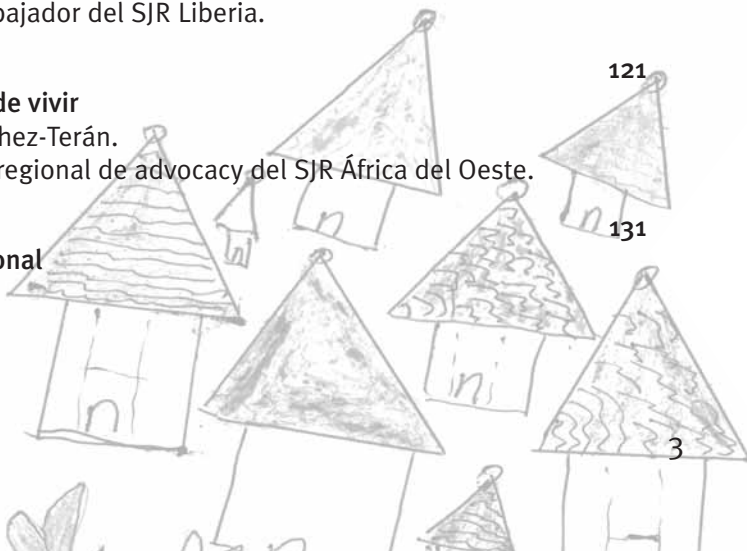
Imprime: Lankopi S.A.

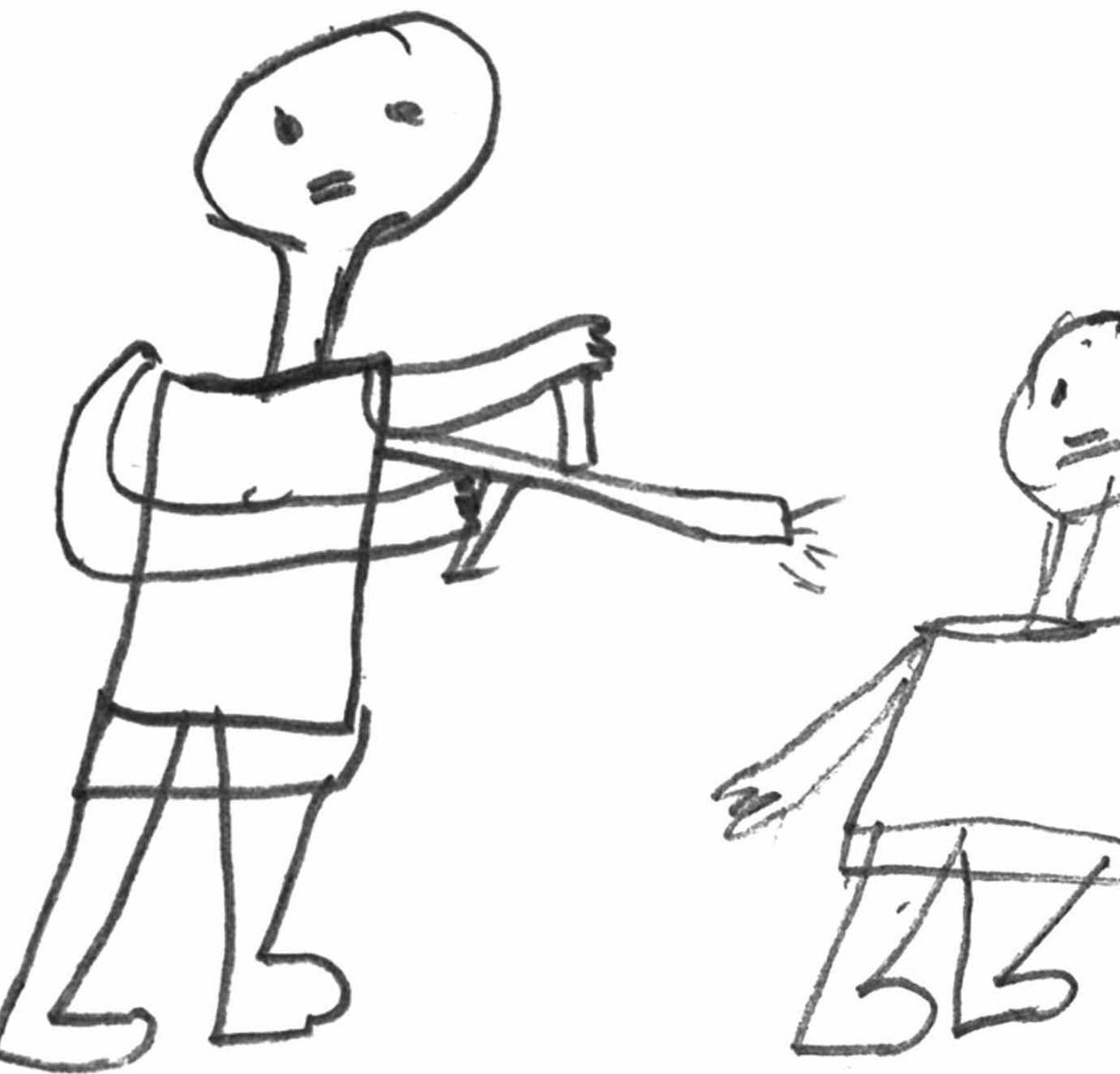
Depósito Legal: BI-1170-07

Se autoriza la reproducción parcial de esta obra, siempre que ésta no tenga fines comerciales y la fuente sea citada.

Índice

Presentación	5
Capítulo 1:	9
Las personas refugiadas y desplazadas de hoy Extracto de textos de Lluís Magriñá. Director del Servicio Jesuita a Refugiados.	
Capítulo 2:	29
Liberia y el reto de reintegrar a las personas desplazadas internas Renaud de Villaine. Responsable nacional de advocacy y comunicación del SJR Liberia.	
Capítulo 3:	41
Horizontes de futuro Eduardo J. Bofill Tortosa. Psicólogo trabajador del SJR Liberia.	
Capítulo 4:	121
Un lugar donde vivir Gonzalo Sánchez-Terán. Responsable regional de advocacy del SJR África del Oeste.	
Capítulo 5:	131
SJR Internacional	





Presentación





La publicación que tienes en tus manos es un testimonio de la situación que viven un gran número de personas con las que compartimos el mundo. Se trata de personas que han tenido que salir de su hogar y comenzar de nuevo desde “cero”. Una de las frases más repetidas por estas personas es: “no hay nada mejor que el hogar”. Sin embargo, por diferentes motivos, se han visto obligadas a abandonar el suyo.

Son personas refugiadas, desplazadas, emigrantes... Son muchas las acepciones con las que se les puede nombrar y estas acepciones no carecen de importancia. Las personas refugiadas han conseguido tener un reconocimiento internacional y que, al menos en teoría, se les reconozcan unos derechos que la comunidad internacional está obligada a garantizar. Sin embargo, hoy en día las personas desplazadas, aquellas que se mueven en el interior de su propio país, son las que plantean retos más alarmantes a la comunidad internacional.

Te presentamos en esta publicación los testimonios y las vidas de muchas de las personas que vivieron en el campo de Salala desde el 2003 hasta el 2006. Ellas participaron, junto con el Servicio Jesuita a Refugiados (SJR), en un proyecto que superó las expectativas iniciales. Este proyecto partía de una de las tareas básicas del Servicio Jesuita a Refugiados, **servir**, en este caso, a las personas desplazadas en el campo a través de su tarea educativa. Partiendo de ese servir, se quiso avanzar más y poder **acompañar** adecuadamente a estas personas. Para poder acompañarlas bien se diseñó un proyecto que quería escuchar las voces y las necesidades de las personas que participaban en la escuela. Se comenzó un proyecto de expresión y dibujo sobre el pasado, presente y futuro, cómo lo veían, cuáles eran sus deseos... El trabajo resultó tan interesante y válido para que

las personas pudieran expresarse que se implicó a la comunidad educativa y al resto de personas del campo de refugiados.

Con la edición de esta publicación queremos contribuir al tercero de los pilares de la misión del Servicio Jesuita a Refugiados, **defender** a estas personas. Damos a conocer la situación de las personas desplazadas en Liberia como ejemplo de lo que sucede a muchas otras en muchos lugares del planeta. El objetivo de esta presentación es animar a las personas a trabajar porque estas situaciones no tengan lugar y mientras ocurren, defender la vida de las personas refugiadas y, especialmente, de las personas desplazadas, protagonistas de este proyecto, que apenas tienen derechos reconocidos.

En este año en el que celebramos el centenario del nacimiento del Padre Arrupe, fundador del Servicio Jesuita a Refugiados, hacemos una doble apuesta:

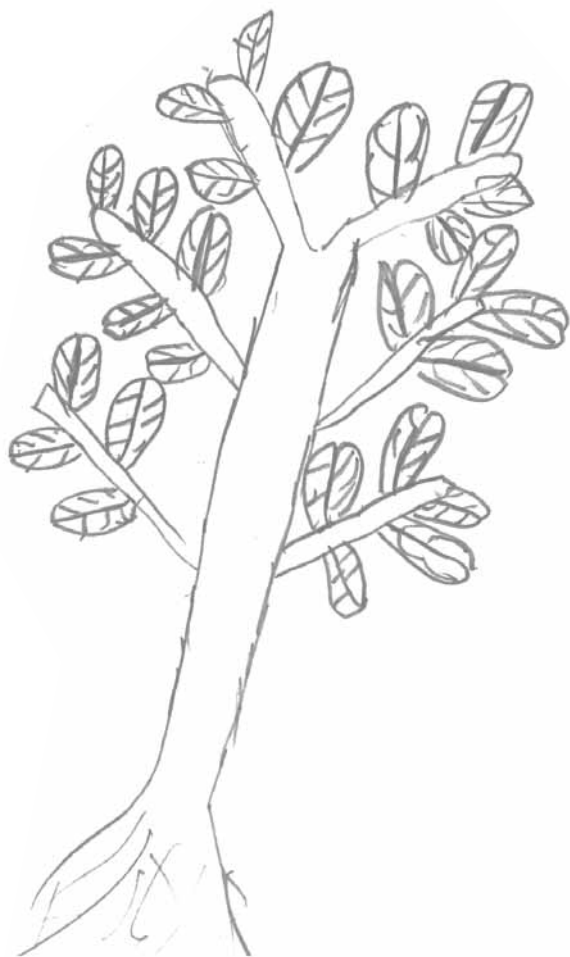
- reconocer la tarea de todas las personas implicadas en este trabajo y
- llamar la atención sobre la situación de las personas refugiadas y desplazadas que, en su mayoría en los países del Sur, intentan retornar a su hogar.

Capítulo 1

Las personas refugiadas y desplazadas de hoy

Extracto de textos de Lluís Magriñá.
Director del Servicio Jesuita a Refugiados.





Hoy existen unos 50 millones de personas desplazadas forzosa-mente, el 80% de las cuales son mujeres, niños y niñas. Esto significa que una de cada 120 personas en el mundo se ha visto obligada a huir de su casa. La mitad de estos 50 millones de personas refugiadas están en África.

Las razones son varias: persecución por origen étnico, religioso, ideas polí-ticas o la huida de la guerra y de la violencia. Pueblos enteros han sufrido conflictos armados, persecución y han huido de la violencia. No obstante, en los últimos años, ha adquirido dimensiones nuevas y drásticas.

Desde 1980, el número de personas refugiadas aumentó desde 5 millones a más de 18 millones en 1993; hoy las personas refugiadas (personas que han cruzado la frontera) son más de 15 millones. Mientras en los años setenta sólo cinco países albergaban a personas desplazadas internas –familias y grupos que no cruzan las fronteras, y por tanto no son conside-rados como refugiados y refugiadas-, en 1999 el número se elevó a cuarenta países, y hoy se puede hablar de unos 30 millones de personas despla-zadas internas.

¿Quiénes son hoy los y las nuevas refugiadas? Las personas desplazadas internas de Burundi, Sudán, República Democrática del Congo, Sri Lanka o Colombia. A veces resulta más difícil asistir a estas personas que a las refu-giadas: los conflictos se prolongan; el propio gobierno es el agresor; los desplazamientos son continuos; hay presencia de grupos armados entre la población civil desplazada. No hay ninguna organización internacional res-ponsable de la protección de las personas desplazadas internas. El Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) tiene el mandato de proteger a las personas refugiadas, pero no a aquellas que no

cruzan las fronteras internacionales. Las personas solicitantes de asilo en las ciudades son otra categoría que requiere mayor atención. Algunas de ellas obtienen el estatuto de refugiado pero la gran mayoría queda al margen. Necesitan una comida caliente, una acogida, becas de estudio y asistencia legal. Necesitan también alguien que defienda unas estructuras de protección adecuadas.

Muchas personas que cruzan las fronteras huyendo de la violencia acaban en centros de detención para inmigrantes. Su detención es un síntoma de la incapacidad del sistema internacional de gestionar la inmigración. Las consecuencias psicológicas son enormes, ya que además de la huida del país, pierden su libertad, como explica un chico sudanés:

"Tengo 17 años. Llegué de Sudán tras huir de unos traficantes de esclavos. Me escondí en un barco y llegué a Alemania, donde pedí ayuda a otros africanos. Conseguí un trabajo ilegal, fui detenido y arrestado. Las autoridades alemanas rechazaron mi solicitud de asilo porque el peligro de ser capturado de nuevo como esclavo no es «persecución política», según la ley. Estuve varias semanas detenido, hasta que un día fui conducido a la Embajada de Sudán, donde me fue denegada la nacionalidad por ser sudanés del sur. El gobierno de Alemania no puede expulsarme. Creen que he mentido sobre mi nacionalidad y están investigando de qué país soy. Llevo seis meses detenido."

Refugiado de Sudán

Cerca de 200 millones de personas en movimiento, de las cuales, 120 millones son emigrantes laborales y sus familias. 20 millones de trabajadores y trabajadoras africanas viven y trabajan fuera de sus países de origen y, según los mismos cálculos, uno de cada diez personas trabajadoras africanas vivirá y trabajará fuera de su país en 2015.

La República Democrática del Congo, tras años de conflicto, cuenta con más de 2 millones de personas desplazadas internas y es también el origen de un gran número de personas refugiadas que viven en los países vecinos.

Burundi provocó cerca de 400.000 personas desplazadas, reasentadas en 226 campamentos a lo largo y ancho de todo el país, así como 300.000 personas refugiadas en la vecina Tanzania.



La dignidad puesta a prueba

“He sido refugiado durante la mayor parte de mi vida. Recuerdo el día cuando hui de mi país, Burundi, para ir a República Democrática del Congo (antigua Zaire), con mis padres y mis cinco hermanos. Tenía 17 años entonces. Fue el 25 de abril de 1972. Durante los años en el campo de refugiados, conocí a la que sería mi mujer. Nuestros hijos nacieron en el campo de refugiados. Tuvimos que salir de allí cuando la guerra comenzó en Zaire, en 1996. Huimos hacia Tanzania. Durante dos meses vivimos en una iglesia y pescábamos en el lago. Pero la falta de comida nos hizo estar débiles y enfermos, así que decidimos ir a otro campo de refugiados. Ahora vivo aquí, en el campo de Nduta, en el oeste de Tanzania. La vida en el campo es dura, aunque recibimos comida cada dos semanas. El campo está situado en un bosque, por lo que no podemos cultivar. Tampoco podemos salir del campo, pues es difícil obtener autorización. Hay muchas dificultades y pocas alegrías para nosotros los refugiados, pero lo único que no podemos hacer es perder la esperanza. Después de 28 años como refugiado, sólo Dios sabe cuándo regresaré a Burundi.”

Nathaniel, refugiado de Burundi

Ser una persona refugiada significa vivir al margen de la sociedad, excluida de la relevancia social o política. La mujer o el hombre refugiado tenían un papel en la vida. En un campo de personas desplazadas, todas son un “antiguo algo”: un antiguo campesino o campesina, ama de casa, médico, marido, ministro o ministra. La persona refugiada está a la espera, dependiendo de la decisión de otra persona sobre su futuro.

Su dignidad ha sido puesta a prueba: ocuparon sus casas, mataron a sus hijos e hijas, sufrieron torturas o violación, caminaron días y noches hasta encontrar un lugar seguro donde vivir. Viven en casas provisionales de plástico o de barro, pero muchos llevan años en el exilio. El conflicto en Sudán ha desplazado a más de cuatro millones de personas desde el comienzo de la última fase de la guerra, a principios de los años ochenta. En Sri Lanka, el pueblo tamil sufre una guerra desde 1983. La población palestina es refugiada desde los años cuarenta.

En todos los conflictos, ya aparezcan en los medios de comunicación o no, la historia real puede leerse en los rostros de las personas refugiadas.

Generaciones enteras en África, Oriente Medio, Asia y Europa no han conocido otra vida que la de un campo de refugiados. Muchos niños y niñas encuentran dificultades en recibir educación y pierden esperanza en el futuro. Las personas adultas confunden sus papeles en la sociedad, pierden muchas capacidades o su imaginación. Las comunidades se vuelven dependientes de la ayuda y las culturas se diluyen debido a la falta de un espacio creativo. Estas generaciones permanecen en un limbo legal, social y político frecuentemente ignorado por la comunidad internacional. Cuando no son ignoradas, las vidas de las personas refugiadas tienen el riesgo de ser distorsionadas por los medios de comunicación.

Los y las refugiadas reciben una ración de comida cada semana o cada mes, pues no tienen tierra para cultivar o ganados para cuidar. Generalmente las organizaciones humanitarias se ocupan de sus necesidades básicas, por lo que cambia radicalmente su modo de vivir y la estructura familiar se rompe.

Gabriela Cohen, una mujer angoleña, explica cómo *“los niveles de violencia doméstica aumentan debido al cambio de roles: el hombre refugiado ya no se ocupa de traer comida a casa. La estructura patriarcal se rompe y se desestabilizan las relaciones entre hombres y mujeres y entre genera-*

ciones. Los mecanismos tradicionales del mantenimiento del orden en la comunidad también se rompen. Los hijos pierden fácilmente el respeto por los padres, ya que otros se ocupan de alimentarlos”.

Quizás el gran problema de las personas refugiadas es que esperan el regreso a casa sin nada que hacer. No hay actividades, no hay trabajo. Es importante que la persona refugiada tenga un proyecto para realizar o una identificación con una meta. El riesgo en un campo de refugiados es que los y las refugiadas opten por la lucha armada como única meta posible.

¿Cómo podemos acompañar a las personas refugiadas de forma que puedan construirse y vivir por sí mismas? El reto es establecer con ellos y ellas una relación mutua, lejos de la dependencia.

En la raíz de la mayoría de los conflictos, está la lucha por el control ya sea del gobierno o del territorio.

Los campamentos de refugiados van desde pequeños emplazamientos para 50 personas -hay más de 100 pequeños asentamientos para los refugiados de Sri Lanka, en la India- hasta los de 150.000 o más, como los que encontramos para las y los refugiados burundeses en Tanzania.



En muchos casos, el acceso a los campos está bloqueado, lo que significa que las personas refugiadas no pueden aventurarse a salir a recoger leña para cocinar. También tienen vedado comerciar en los mercados locales. Trabajar fuera del campamento está prohibido. Estas condiciones y restricciones ayudan a crear y a interiorizar aún más el sentimiento de miseria entre las personas refugiadas. En los campamentos de Kiziba y Gihembe para refugiados y refugiadas congoleñas, en Ruanda, por ejemplo, tienen prohibido cultivar las tierras que les rodean y, como ocurre en muchos otros campamentos en África, las raciones alimenticias han disminuido a un 60%. Todas estas condiciones producen la desmoralización de las personas refugiadas, hasta el punto de que algunas abandonan el país de acogida y regresan al suyo, a pesar de que las causas que les obligaron a huir no han sido resueltas.



Hacia la acogida

La hostilidad hacia las personas extranjeras nace de un corazón con barreras, endurecido, incapaz de ver la riqueza del ser humano y los distintos colores que ofrece la humanidad. De la hostilidad colectiva nace la hostilidad que hay dentro de la persona.

Aprendemos también de la acogida que las mismas personas refugiadas nos ofrecen, cuando visitamos sus casas. El movimiento del corazón de la hostilidad a la hospitalidad puede darse cuando se experimenta esta acogida y el regalo de abrirse a la realidad de un individuo o de una familia refugiada. La hostilidad nace de la ignorancia y la hospitalidad nace de la apertura.

La hostilidad colectiva del mundo occidental podría curarse observando la hospitalidad existente en otras culturas. Quizás hemos olvidado que la hospitalidad es un signo de civilización.

El acompañamiento a las personas refugiadas nos ofrece una oportunidad especial para conocer y dar una ayuda práctica a gente de otras confesiones. Más de la mitad de las personas refugiadas de hoy en día son musulmanas. En Camboya, por ejemplo, el SJR trabajó junto a los monjes budistas reconstruyendo sus monasterios y ayudándoles a asumir de nuevo su lugar en la sociedad camboyana.



El individuo en el centro

No existe una masa impersonal de personas inmigrantes o refugiadas. Detrás de las frías estadísticas hay una persona concreta con una única historia de exilio.

Es fácil caer en el desánimo al ver un enorme campo de refugiados que alberga a 200.000 personas, como en el oeste de Tanzania. Pero es también fácil que nazcan la esperanza y la solidaridad al hablar con una sola persona refugiada, que comparte sus sentimientos y su vida.

En los periódicos escuchamos alertas sobre la “invasión de los y las inmigrantes”. Los gobiernos se preocupan por levantar muros y están ocupados con la creación de una fortaleza en Europa, que nos proteja del mundo exterior y no altere nuestra ordenada sociedad.

Mientras los muros de Europa occidental crecen contra los y las solicitantes de asilo y los y las inmigrantes, el problema se traslada al este: Polonia, Hungría, la República Checa, Rumania o Lituania reciben a personas sudanesas, afganas, tamiles de Sri Lanka, muchas buscando trabajo, otras en busca de seguridad, y la mayoría intentando acercarse más al oeste. En todas partes, pero sobre todo en Europa, la tarea de distinguir entre una persona inmigrante y una refugiada se hace cada vez más difícil, como lo es la distinción entre movimientos “voluntarios” o “forzosos” de

la población: aquella que huye de la persecución y la muerte y aquella que huye de la miseria y la injusticia social.

Los gobiernos son escépticos, las personas refugiadas ignoradas, sus historias simplificadas y no escuchadas.

Es una responsabilidad y un reto para la sociedad escuchar lo que ocurre en otras regiones del mundo. Poco llega a nuestras televisiones sobre lo que ocurre en Indonesia o en Angola. Y sin embargo, todo continente y toda región está de alguna forma marcada por un conflicto armado y, por tanto, por un masivo movimiento de personas. Si entendiéramos las causas que empujan a una persona a huir de su país, quizás el fantasma de la “masa” o la “invasión” comenzaría a diluirse.

50 millones de personas que pueden ser clasificadas como forzosamente desplazadas, según la concepción tradicional y legal del término; es decir, personas refugiadas y desplazadas internas.





Defendiendo los derechos de las personas refugiadas y desplazadas

“Para nosotros refugiados, la vida no es fácil. Nuestros derechos no son respetados en nuestra tierra y frecuentemente son violados en la tierra que nos acoge. No tenemos voz, y cuando intentamos hablar, nuestra voz no es escuchada. Pero estamos vivos, esa es nuestra mayor esperanza. Algún día volveremos a nuestra casa, donde habrá paz para todos y construiremos de nuevo nuestra vida.”

Jean, refugiado burundés en Tanzania

Allí donde hay un conflicto, hay una violación de Derechos Humanos y consiguientemente un movimiento forzoso de la población. Los derechos de las personas refugiadas son frecuentemente violados en su país de origen, durante su huida y en el país de asilo. Toda búsqueda de una solución a su desplazamiento debe conllevar el respeto por sus derechos fundamentales.

Aunque parezca obvio, la relación entre Derechos Humanos y desplazamientos forzosos ha empezado a recibir atención internacional estos años pasados. Hay una conciencia general de que el respeto por los Derechos Humanos es central en los esfuerzos de prevención de los conflictos.

El trabajo con las personas refugiadas no es una mera cuestión de solidaridad; también es una cuestión de justicia, y a todos se nos pide que actuemos para que la justicia sea una realidad. Las personas refugiadas son un signo visible de la amplia injusticia global y de las violaciones de los Derechos Humanos. Por esta razón, debemos luchar para recuperar el equilibrio, incluso poniendo en cuestión las actitudes y estructuras que discriminan a las personas pobres y oprimidas¹.

¹ KOLVENBACH, P.H., *Dios en exilio. Hacia una espiritualidad compartida con los refugiados*. Jesuit Refugee Service, Roma 2005.

Hoy mucha gente habla sobre la reconciliación. Las personas refugiadas, las inocentes de los conflictos, son las que pueden empezar la labor de reconciliación. Hemos visto muchas veces a las viudas de grupos étnicos en conflicto reunirse y hablar, o a grupos de víctimas de minas anti-persona reflexionar juntas. Las personas que sufren son las que tienen mayor interés en cambiar este mundo.

Las organizaciones y las iglesias que trabajan con víctimas de conflictos armados son testigos y portavoces de las violaciones que éstas sufren en sus derechos básicos. Una forma eficaz de defender los derechos es escuchar a estas personas, ayudarles a hablar sobre su situación y ser cauces para que su voz pueda ser escuchada por aquellas personas que deben decidir por su futuro.

"Al contemplar su situación, vemos que los refugiados están privados de todos sus derechos y sometidos a toda clase de vejaciones. Por eso defendemos sus derechos por todos los medios posibles. Trabajar con refugiados y desplazados es un verdadero privilegio porque va transformando internamente nuestros valores y actitudes hacia los demás, como resultado de nuestro amor hacia ellos."

Miriam Wairimu voluntaria del SJR en Nairobi

Cuando una nación sucumbe a un conflicto, provocando un desplazamiento a gran escala, la educación de los jóvenes queda interrumpida, privando, a toda una generación de un derecho básico.

Las personas sin estado sufren la doble herida de ver cómo se les niega el retorno a su hogar y a la vez se les niega la nacionalidad. Muchos de los y las butanesas refugiadas en Nepal, pertenecen, actualmente, a esta categoría o están en riesgo de convertirse en ello. En la República Dominicana, a muchos jóvenes de ascendencia haitiana se les niega su certificado de nacimiento y su documentación, lo que impide que accedan a los servicios públicos básicos como educación, salud y dejándolos con el temor permanente a ser deportados del único país que han conocido. Y esto ocurre a pesar de que la constitución dominicana declara claramente que todos los niños y niñas nacidos en la República Dominicana tienen derecho a la ciudadanía dominicana.

"Toda persona tiene derecho a una nacionalidad".

Cualquier análisis del problema de la persona apátrida debe tener en cuenta que negar la ciudadanía es, en muchos casos, una forma de discriminación racial (sean los dominicanos de ascendencia haitiana o los refugiados butaneses en Nepal).



Una oportunidad para aprender de las personas refugiadas y desplazadas

"Nosotros lo perdimos todo. Teníamos tres casas, diez hectáreas de tierra, un coche... Quemaron nuestras casas porque somos tamiles. Huimos hacia el norte de Sri Lanka, a la provincia de Jaffna. Yo vendí todas mis joyas. Nos hubiéramos vuelto locos sin estar sostenidos por nuestra fe y por la Eucaristía. Ahora no tenemos muchas cosas, pero al menos estamos vivos."

Desplazada interna en Sri Lanka

La lección de esperanza y fortaleza que nos ofrece esta mujer en medio de su fragilidad y dolor nace de una experiencia fuerte de Dios. Al igual que esta enseñanza, la experiencia del SJR es que las personas refugiadas nos enseñan mucho sobre la vida y el espíritu si escuchamos su voz y aprendemos de su solidaridad, acogida y generosidad extremas. Esta vivencia toca lo más profundo del ser humano pues son personas que lo han perdido casi todo y aún así mantienen una determinación por vivir y restaurar su dignidad. *“En nuestro trabajo, vemos lo mejor y lo peor del hombre, pero la vida es más fuerte que la muerte”*, explica Mateo Aguirre sj, director regional del SJR en la zona de África Occidental.

Así, la experiencia de Gildo Dominici, un voluntario del SJR en Galang, Indonesia, durante los años ochenta, es inspiradora: “Estoy redescubriendo la humanidad aquí en Galang. Existe el egoísmo y la ambición, pero los aspectos positivos de la naturaleza humana son mucho más evidentes. Aquí la solidaridad humana es una realidad, no sólo palabras bonitas”.

Nuestra gran tentación ante el sufrimiento es empezar proyectos, ofrecer cosas materiales, decidir lo que las personas refugiadas necesitan. Frecuentemente llegan al exilio sin zapatos, o con una sola camisa, hambrientos, sin un plan claro. Pero no han huido para obtener un par de zapatos o una camisa. Su experiencia humana es una llamada al respeto. Son personas que están traumatizadas por la violencia, solas, rechazadas y agotadas en su cuerpo y por haber perdido su lugar en una sociedad estable. A veces llegan con sentido de culpabilidad por lo que han hecho para sobrevivir. Quieren ser comprendidas, escuchadas. Bill Yeomans sj explicaba lo siguiente sobre su experiencia con las personas refugiadas:

“Voy a trabajar con los refugiados no llevándoles cosas, sino como uno que tiene que aprender primero lo que tiene que llevar. En una situación de emergencia está claro que la comida, vivienda y ayuda médica son necesidades primarias y deben proporcionarse lo antes posible. Eso es obvio y simple. Pero no. La gente que está hambrienta, sin casa y sin amigos pierde fácilmente su sentido de dignidad humana. No es suficiente darles lo que necesitan. Lo debo dar de tal forma que su estima personal sea restaurada. De tal manera que su esperanza y su confianza en la humanidad sea

reconstruída... Trabajando con refugiados, me doy cuenta más y más de que si no me doy yo mismo sería mejor que no diese nadaⁱⁱ.”

El o la refugiada tiene el derecho a ser escuchada. La persona refugiada pide que alguien escuche abiertamente esta pregunta y nos enseña también a no tener miedo de preguntarnos por qué. Quizás no conocemos la respuesta, pero debemos aprender a formular la pregunta.



Un espíritu de acogida

La experiencia de ser una persona refugiada es una ofensa a la dignidad de la persona. Por ello respondemos insistiendo en esa dignidad.

Un trabajo de acogida pide que la gente abra sus corazones y sus hogares tanto para dar como para recibir. El servicio verdadero está marcado por la fidelidad. El servicio que nace del encuentro y del acompañamiento exige un espíritu que reúna lo siguiente:

Un espíritu de integración

Los y las refugiadas nos ofrecen la posibilidad de vivir un nuevo mundo, en donde cada uno y cada una tiene un lugar donde acoger y ser acogida: religiosas, refugiadas, laicos, hermanos y hermanas de otras confesiones, personas en busca de la fe o de un sentido de la vida.

Bajo la superficie de la diferencia de opiniones hay una profunda comunión de espíritu sobre la misión crucial de acompañar y servir a las personas refugiadas. Este espíritu se hace mucho más palpable en tiempos de crisis. Hay incluso casos de personas que terminan por ofrecer sus vidas al servicio de los demás. En muchos grupos, la comunión más allá de las diferencias se celebra en la Eucaristía diaria.

ⁱⁱ YEOMANS, W, *The refugee experience*. Jesuit Refugee Service, 1989.

En condiciones de refugio o de guerra, por ejemplo en Timor Oriental, la Eucaristía fue un símbolo público del pan de cada día de la lucha por la libertad de un pueblo oprimido. En otras situaciones, las personas refugiadas han celebrado la Eucaristía mientras los proyectiles caían sobre sus asentamientos y sus casas.

Cuando una persona refugiada consigue abandonar su país y solicitar asilo y protección en otra nación, su destino suele ser un campamento de refugiados y no la integración en la sociedad del país de acogida, lo que le condena a vivir sus años de exilio en las condiciones menos ideales.

Es vital promover un debate sobre a quién corresponde la responsabilidad de asegurar que los y las refugiadas disfruten sin ningún tipo de discriminación de todos los Derechos Humanos, incluidos en normas y reglas universales, y no sólo de aquellos propuestos en las leyes humanitarias y sobre refugiados.

Un espíritu de reconciliación

A menudo se pide a aquellas personas que trabajan con refugiados o refugiadas que sirvan en lugares donde hay una crucial necesidad de reconciliación: entre los grupos de refugiados y desplazados y quienes les desplazaron, o entre los y las retornadas y la población que les recibe. Una espiritualidad auténtica debería incluir la capacidad de decir “lo siento” y perdonar y encontrar la paz interior que ofrece una presencia que cura.

La educación desempeña también un papel en el fomento de la paz, de la justicia y de la reconciliación: la escolarización implica un proceso de socialización que da a los y las refugiadas los conocimientos necesarios para vivir juntos en comunidad.

Es una fuerza de integración que no sólo da estabilidad social, sino que también les enseña a aprender, a hacer y a desarrollarse personalmente. Sin educación, disminuye la autoestima de la gente joven, a la par que sienten no haber tenido oportunidades en esta vida. Por ello, la educación debe ser considerada como una parte vital e integral de la ayuda de emergencia a las personas refugiadas y desplazadas internas.

Una actitud de búsqueda

Algunas personas ven el discernimiento como una respuesta intuitiva de un corazón que ama y reza. Otras piensan en normas, un proceso de lógica que se amalgama con la plegaria, de consuelos y desconsuelos. Un corazón que discierne es necesario cada día y a veces precisa de un proceso en común con otras personas.

En qué partes del mundo intervenir; a qué necesidades de las personas refugiadas responder; cómo servir: todo son decisiones. Hollenbeck hacía una relación de prioridades cuando las demandas entran en conflicto y éstas pueden ayudarnos a decidir: *Las necesidades de las personas pobres tienen prioridad frente a las de las ricas, la libertad de las dominadas frente a la libertad de las poderosas, la participación de las marginadas frente a la preservación de un orden que les excluye.*

Las graves y prolongadas consecuencias físicas, mentales y psicosociales por la negación de los Derechos Humanos de las personas desplazadas forzosamente, especialmente entre las mujeres, los niños, las personas mayores refugiadas, solicitantes de asilo deben ser abordadas con urgencia. El 44% de los niños y niñas, en 2000, tuvieron acceso a la educación primaria. Sin embargo, sólo el 3% de los niños y niñas a cargo del ACNUR, en edades comprendidas entre los 12 y los 17 años, recibieron educación, ya sea profesional o secundaria.

Muchas de las personas desplazadas internas no están asistidas o protegidas por el ACNUR u otras agencias de la ONU. Adicionalmente, el mandato de protección del ACNUR ha enfatizado la protección legal, a menudo en detrimento de la protección de los derechos económicos, sociales y culturales. El uso rutinario de la detención pone en duda que los derechos de las personas solicitantes de asilo sean protegidos.

Las organizaciones humanitarias que trabajamos con las y los refugiados nos encontramos cada vez con mayores dificultades para asegurar la financiación de muchos de nuestros proyectos. En parte, esto se debe al aumento de personas desplazadas y de sus necesidades, pero también tiene que ver con la falta de voluntad de algunas naciones ricas de comprometerse con la ayuda al desarrollo y con los programas de acción humanitaria.

Buscar la justicia

Trabajar por la causa de las personas refugiadas, defender sus derechos exige conocimiento y análisis de las situaciones, coraje y una pasión por la justicia. También pide la humildad de saber que diferentes tareas requieren diferentes virtudes. Es necesaria la perseverancia y la capacidad de enfrentarse al fracaso. Requiere vehemencia, pero no fanatismo.

Probablemente, más que nada necesitamos generosidad para animar a otros y otras, ya sean personas refugiadas o trabajadores y trabajadoras humanitarias, en tanto que luchamos para comprender las causas, las estructuras corruptas, el egoísmo e identificamos soluciones.

Hemos visto que los conflictos son la principal causa del desplazamiento forzoso. Lo que también está claro es que, tanto conflictos como guerras tienen lugar, mayoritariamente, en las regiones subdesarrolladas. La gente abandona su tierra huyendo de la pobreza extrema y del subdesarrollo que llevan a condiciones de vida insostenibles e inaceptables. Se trata, de una cuestión de injusticia ya que, en este momento histórico, la brecha entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado, o entre personas ricas y pobres, está ampliándose.

Esperar contra toda esperanza (Rom 4:18)

No hay don más precioso para un pueblo en el exilio que la esperanza de la paz, escribió Miriam, una refugiada africana. Robarle la esperanza a alguien es algo horrible, el espíritu humano muere. Hacer todo lo que esté en nuestras manos para mantener viva la esperanza para todas las personas, ser agradecido por los pequeños regalos de cada día, añadir un toque de alegría a la vida en el exilio: éstas son las tareas que Dios nos ha encomendado.ⁱⁱⁱ

Regreso a casa, ya sea en la fase preparatoria, como durante el proceso de retorno y reintegración. Con el regreso, dejan de ser personas refugiadas, pero siguen siendo personas necesitadas de protección, ya que siguen estando fuera de sus hogares. Los retornos tras un conflicto y la rehabilitación y reconstrucción que acompañan al proceso de transición que va de la guerra a la paz, requieren tiempo, pericia, voluntad política, un sólido apoyo financiero y una considerable inventiva. Actualmente, el proceso de repatriación y reasentamiento más importante está teniendo lugar en Angola, alentada por un proceso de paz, que avanza desde el alto el fuego de abril de 2002, después de treinta años de guerra. Repartidas por toda África austral, cientos de miles de personas refugiadas angoleñas se están preparando para volver a su tierra tras este largo exilio.

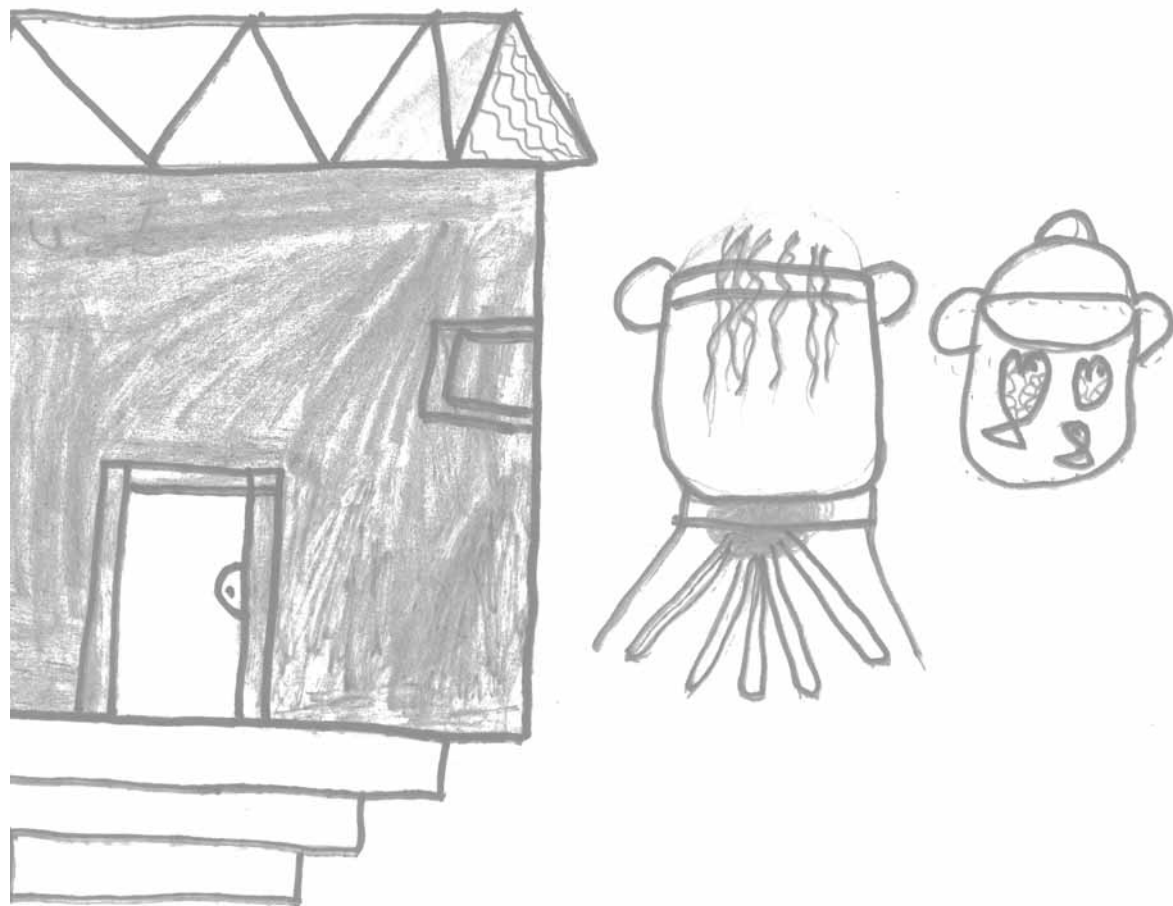
ⁱⁱⁱ COGHLAN, D., *Dios en el exilio. Hacia una espiritualidad compartida con los refugiados*. JRS, Roma 2005.

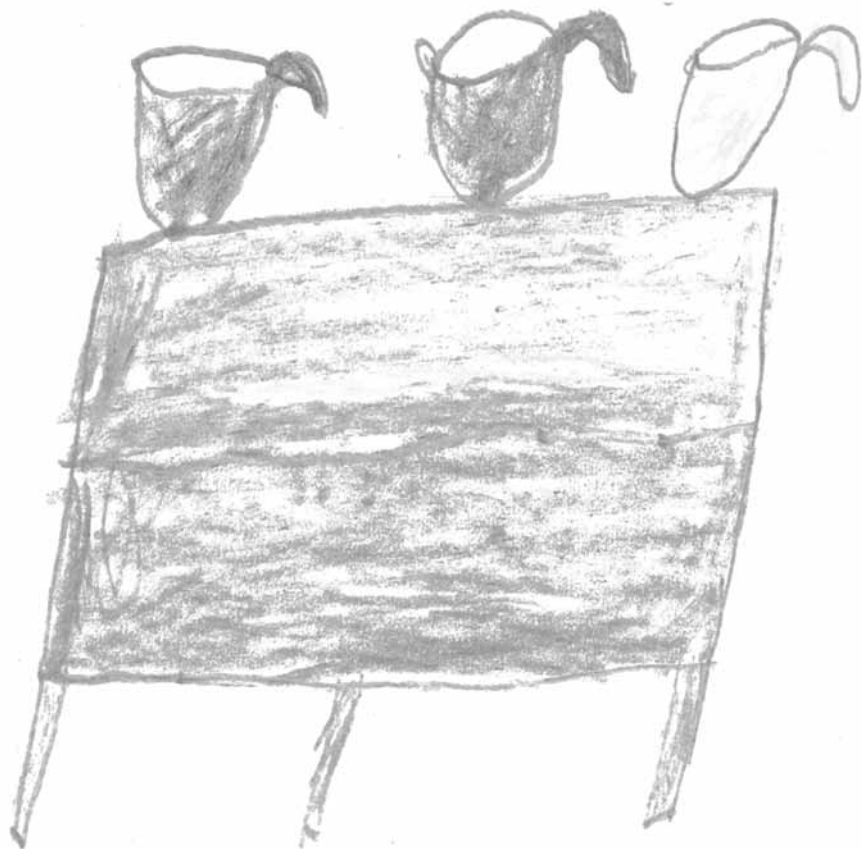
Capítulo 2

Liberia y el reto de reintegrar a las personas desplazadas internas

Renaud de Villaine.

Responsable nacional de advocacy y comunicación del SJR Liberia.







El contexto de Liberia

Liberia es la primera república africana y fue fundada en 1847 por esclavos norteamericanos liberados y repatriados desde Estados Unidos por fundaciones filantrópicas como la *Sociedad de Colonización Americana*. El país se mantuvo independiente al tiempo que casi todo el continente africano era colonizado por las naciones europeas. No obstante, los y las descendientes de las personas esclavas liberadas gobernaron el país excluyendo a la población nativa del acceso al poder y a los beneficios del crecimiento económico. Los y las liberianas nativas (en contraposición a las personas liberianas americanas) obtuvieron el derecho al voto en 1946. A pesar de los esfuerzos declarados de las presidencias de Tubman (1944-1971) y Tolbert (1971-1980) en favor del reconocimiento de sus derechos, siguieron siendo discriminados.

En 1980, Samuel K. Doe, un sargento del Ejército de Liberia junto con los y las nativas, organizó un golpe de estado y tomó el poder después de asesinar brutalmente al presidente Tolbert y a algunos de sus colaboradores. Este golpe inauguró una era de violencia en Liberia. La corrupción, la mala gestión y la represión caracterizaron los diez años durante los que Samuel Doe estuvo en el poder antes de ser depuesto por una rebelión iniciada en 1989 por Charles Taylor.

Al igual que su predecesor, en 1990, Samuel Doe fue torturado y asesinado por un antiguo teniente de Taylor. La guerra civil, que se caracte-

rizó por la violación masiva de los Derechos Humanos y el reclutamiento sistemático de niños y niñas soldado, involucró a media docena de facciones que luchaban por el control del gobierno y los recursos de Liberia. La paz volvió a Liberia en 1996 con la intervención de las fuerzas de paz enviadas por la Comunidad Económica de los Estados de África Occidental (ECOWAS).

En su mayor parte gracias al terror y la intimidación, Charles Taylor ganó las elecciones convocadas en 1997, y comenzó un periodo durante el que el terror y un alto grado de corrupción reinaron en todo el país. Intentando desestabilizar la región, Charles Taylor provocó la ira de Guinea y Costa de Marfil que iniciaron los movimientos de rebelión, Liberianos Unidos para la Reconciliación y la Democracia (LURD) y el Movimiento para la Democracia en Liberia (MODEL), para destituirle. Charles Taylor fue obligado a retirarse y huir al exilio al Sur de Nigeria después de ser acusado de cometer crímenes de guerra por el Tribunal Especial de Sierra Leona.

El acuerdo de paz firmado en Accra en agosto de 2003 puso fin a un conflicto que había acabado con unas 250.000 personas de Liberia y fue seguido por el despliegue de 15.000 soldados de la Misión de las Naciones Unidas en Liberia (UNMIL). El objetivo de la fuerza de la ONU más grande que había en el mundo era asegurar el país y dirigir el proceso de desarme, desmovilización y reintegración (DDR) de los grupos rebeldes. Al mismo tiempo, el acuerdo de paz instauró un gobierno de transición, el Gobierno Nacional de Transición de Liberia (NTGL), encabezado por Charles G. Bryant, un hombre de negocios. A pesar de la acusación de corrupción, el NTGL cumplió su principal misión: conducir al país a las elecciones en un plazo de dos años.

El 23 de noviembre de 2005, Ellen Johnson-Sirleaf fue elegida presidenta de Liberia después de unos comicios fiables y pacíficos. La elección de esta mujer de 67 años, competente, como la primera mujer presidente de un país africano trajo gran esperanza para la estabilización de Liberia. No obstante, son muchas las tareas que tiene Johnson-Sirleaf por delante para conseguir una paz duradera y el desarrollo sostenible del país.

Aunque la situación de seguridad en Liberia es en general calmada y estable, aún existen focos de agitación. El proceso de desarme, desmovilización y reintegración, que finalizó oficialmente en octubre de 2004, no ha obtenido los resultados previstos. Si unos 100.000 excombatientes han sido desarmados, aún existe 1 arma por cada 3 personas en Liberia. La falta de programas de reintegración contribuyó al nuevo reclutamiento de cientos de excombatientes, incluidos niños y niñas, por parte de las fuerzas rebeldes y marfileñas durante 2005. Aduciendo que no habían recibido la compensación prometida por la ONU después del alto el fuego en 2003, algunos excombatientes ocuparon las plantaciones de caucho, creando tensiones constantes con las comunidades locales. En agosto, el gobierno respaldado por las fuerzas de paz de la ONU recuperó la plantación Guthrie en el Condado de Bomi de las manos de 500 rebeldes.

La delincuencia también va en aumento en Monrovia. En un país con una tasa de desempleo del 85% y con un 80% de la población viviendo con menos de 1 dólar estadounidense al día, sin ninguna perspectiva de futuro, se ven tentados a implicarse en actividades delictivas y se unen a bandas criminales que siembran el terror en algunas partes de la capital de Liberia.

Para afrontar estos retos de seguridad, la Policía Nacional de Liberia ha sido reorganizada y está recibiendo formación de los elementos policiales de la UNMIL. En junio, el embargo de armas se levantó para proporcionar pistolas a la policía. Al mismo tiempo, a finales de 2005 empezó el reclutamiento de los 2.000 miembros del nuevo Ejército. Su entrenamiento será sufragado por Estados Unidos que ha contratado a DynCorp, una empresa de seguridad privada, para dirigirlo.

En general, toda la administración necesita una reorganización y su credibilidad, puesta en duda por los años de corrupción y mala gestión flagrantes, debe ser restituida. Ellen Jonson-Sirleaf ha reiterado su intención de luchar activamente contra la corrupción. Para romper con las prácticas del gobierno de transición, ordenó a todos los y las responsables políticos designados por el NTGL que dimitieran con efecto inmediato y ordenó una auditoría de los dos años de gobierno del NTGL.

A fin de resaltar la transparencia a la hora de conceder los contratos y concesiones gubernamentales, declaró nulas y vacías todas las concesiones forestales existentes otorgadas a las empresas madereras y a las anteriores administraciones. Estas medidas se combinaron con el compromiso del nuevo gobierno de aplicar el Programa de Asistencia a la Gobernabilidad y a la Gestión Económica (GEMAP) impuesto por la comunidad internacional en septiembre de 2005 para combatir la corrupción endémica. En la aplicación del plan, se ha colocado a expertos y expertas financieras extranjeras con poderes de firma conjunta, dentro del Banco Nacional de Liberia, el Ministerio de Economía y otras agencias generadoras de ingresos.

El sistema judicial también ha padecido las prácticas corruptas durante años. Está en peligro debido a la falta de personal cualificado y al mal funcionamiento en todo el país. La mayoría de las personas reclusas de las cárceles liberianas permanecen en detención previa al juicio, esperando largos periodos para que sus casos sean juzgados. Las cárceles y los centros de detención siguen funcionando por debajo de las normas internacionales con celdas saturadas y escasez de comida y agua para los y las detenidas.

En un sentido más general, la cultura de la impunidad prevalece en todo el país. Los y las que cometieron graves crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad durante la guerra no se han responsabilizado de sus abusos pasados. Los antiguos señores de la guerra siguen ocupando puestos clave en las instituciones de Liberia; como Prince Johnson, que asesinó brutalmente al presidente Doe en 1990 y Adolphus Dolo, anteriormente conocido como “General Peanut Butter”, que ambos son senadores en la actualidad. No obstante, se han registrado algunos movimientos positivos recientemente. En 2006 se ha creado una Comisión para la Verdad y la Reconciliación. La función de esta comisión es registrar las historias de las víctimas de abusos durante la guerra, así como las historias de las personas que los perpetraron para realizar recomendaciones sobre cómo Liberia puede compensar colectivamente por el pasado. Este es un primer paso para abordar la impunidad, aunque la Comisión no tiene poder para imponer penas.

En marzo de 2006, en respuesta a las presiones internacionales, Ellen Johnson-Sirleaf solicitó oficialmente la extradición de Charles Taylor de Nigeria, donde estaba disfrutando de un exilio de lujo, a Sierra Leona para que se enfrentara a 11 acusaciones, incluida la de crímenes de guerra y violación de los Derechos Humanos, ante el Tribunal Especial de Sierra Leona. El antiguo dirigente de Liberia fue trasladado a Sierra Leona a finales de marzo. Después de que el Tribunal Penal Internacional de la Haya accediera a acoger el juicio y que Gran Bretaña aceptara encarcelarlo si era condenado, Charles Taylor fue finalmente enviado a los Países Bajos el 20 de junio para ser juzgado. Sin embargo, aún tiene personas partidarias en Liberia. Su antiguo partido, el Partido Nacional Patriótico (NPP), tiene representación en el Congreso de Liberia. El portavoz de la Cámara de Representantes, Edwin Snowe, es por ejemplo un representante del NPP.

La economía de Liberia está devastada por los años de conflicto. Aunque es rica en agua, recursos minerales (hierro, oro, diamantes, baritina, kyarita, manganeso, bauxita y cromita), bosques (Liberia tiene la segunda plantación de caucho más grande del mundo, explotada desde 1926 por la empresa norteamericana Firestone) y un clima favorable para la agricultura, Liberia sigue siendo uno de los países más subdesarrollados del mundo. Ni siquiera aparece en la clasificación de países de acuerdo con los Indicadores de Desarrollo Humano.

Las carreteras que son vitales para la comunicación y el desarrollo económico están, en general, en malas condiciones. Si la UNMIL está arreglando algunas para facilitar el transporte de ayuda humanitaria por el país, sigue siendo una intervención de primeros auxilios. Casi todo el trabajo, así como el mantenimiento de las carreteras reparadas, será una tarea del nuevo gobierno. El Banco Mundial anunció recientemente que dedicaría 20 millones de dólares a un fondo para reconstruir las infraestructuras destruidas de Liberia. La electricidad escasea en todo el país. El hecho de que haya luz todas las noches en las calles principales de Monrovia desde el Día de la Independencia de Liberia, el 26 de julio, no debería ocultar que el trabajo de reconstrucción en esta área es importante.

El gobierno de transición anterior reconoció que restaurar el sistema hasta alcanzar un funcionamiento total seguramente llevaría tres o cuatro años y podría costar 20 millones de dólares.

La deuda total del país se estima en 3.7 millones de dólares mientras que el país aún está sujeto a un embargo internacional de diamantes y madera, sus principales recursos de explotación. Paul Wolfowitz, director del Banco Mundial, declaró que el Banco Mundial estaba trabajando para obtener la liquidación de la deuda por parte de su organización y estaba ayudando a las demás instituciones monetarias y bancarias a hacer lo mismo. En lo referente a las sanciones económicas, antes de levantar el embargo sobre los diamantes y la madera, la comunidad internacional espera a que la situación de seguridad mejore así como los resultados de los esfuerzos del nuevo gobierno para erradicar la corrupción.



El desafío de reintegrar a las personas desplazadas internas

En este contexto los campos de personas desplazadas internas fueron declarados oficialmente cerrados en abril de 2006. Esta medida, celebrada por las autoridades de Liberia y los oficiales de la UNMIL, puso fin a un proceso de retorno que empezó en octubre de 2004 y que ayudó a casi 320.000 personas de Liberia a volver a sus comunidades de origen. Además se debería añadir a las 80.000 personas refugiadas repatriadas de los países vecinos por ACNUR. La agencia de la ONU anunció en febrero su intención de repatriar para finales del año 2006 a 100.000 de los 180.000 personas refugiadas que viven en su mayoría en Guinea, Sierra Leona, Costa de Marfil y Ghana.

La gran mayoría de las personas retornadas expresaron su felicidad por estar de nuevo en casa. *“No hay nada mejor que el hogar”* es una frase que siempre se repite en los pueblos del interior. Los y las retornadas disfrutaban especialmente de su nueva libertad de movimiento. Cuando estaban en los campos padecieron una situación de falta de

seguridad. Las mujeres, en particular, se enfrentaban a la amenaza de ser acosadas y violadas siempre que se movían dentro de los campos. La presencia de parientes en las comunidades de retorno y la voluntad de empezar una nueva vida con sus familias también son mencionadas por las personas desplazadas internas como buenas razones para volver. Por el contrario, la ayuda para el retorno que han recibido de las agencias de la ONU, compuesta de comida, objetos no alimentarios y un pequeño incentivo de 5 dólares por persona, no representa en ningún caso un factor para volver. Algunas personas desplazadas internas han vuelto incluso sin esperar a recibir el paquete de retorno prometido.

Muchas personas retornadas se quejaban de la poca ayuda que recibieron en materia de transporte, lo cual algunas veces les obligaba a vender parte de su paquete de retorno o a realizar pequeños trabajos para reunir la cantidad de dinero necesaria para llegar a casa. Sólo las personas más débiles fueron transportadas a casa. Igualmente, mucha gente se quejó de que el paquete de retorno no era suficiente para empezar una nueva vida. En particular se lamentaban de la falta de herramientas agrícolas y semillas para cultivar. Hasta tal punto que las semillas y las herramientas agrícolas distribuidas por algunas organizaciones humanitarias, como el Comité Internacional de la Cruz Roja (ICRC), eran muy apreciadas en las áreas de retorno.

No obstante, la inseguridad alimentaria sigue siendo un tema de gran preocupación en toda Liberia. Sólo el 20% de la población consume los niveles adecuados de comida¹. La mayoría de los y las liberianas tienen patrones de consumo insatisfactorios que se caracterizan por una diversidad alimentaria inferior y una baja frecuencia en la ingestión diaria de alimentos. La malnutrición infantil es elevada con un 39% de los y las niñas menores de cinco años con una alimentación deficiente, el 86% de los niños y niñas entre 6 y 23 meses tienen anemia y el 53% tienen falta de vitamina A². Los y las retornadas acaban de empezar a cultivar este año. La primera cosecha, que será en septiembre-octubre, quizá mejore la situación.

¹ Proceso de Apelaciones Consolidadas de la ONU (CAP) 2006.

² UN CAP 2006.

Debido a la escasez de comida, la construcción o rehabilitación de las casas sufre retrasos, la gente se centra en buscar formas de comprar alimentos. En cuanto al alojamiento, los programas de distribución de zinc están dirigidos por organizaciones humanitarias. No obstante, en muchas comunidades la gente se queja de que dichas distribuciones se hicieron en la primera fase del proceso de retorno y sólo se dirigían a las personas desvalidas, creando algunas veces un sentimiento de frustración en algunas personas.

El agua, el saneamiento y la salud también son necesidades urgentes en las comunidades de retorno. Sólo el 31%³ de la población tiene acceso a agua potable. Ellen Johnson-Sirleaf ha prometido que para 2009, todas las ciudades y pueblos principales de Liberia dispondrán de al menos una fuente de agua potable. Además sólo el 25% de las personas de Liberia tiene acceso a un saneamiento adecuado⁴. En cuanto a la salud, las comunidades padecen la falta de clínicas o, cuando existe una, no hay medicinas. En la actualidad sólo el 35% de las estructuras médicas necesarias están en funcionamiento en todo el país. Como resultado, más del 75% de la población no tiene acceso a servicios de asistencia especializados como cuidados de obstetricia⁵. Los indicadores de salud son desastrosos. La esperanza de vida media en Liberia es de 41 años. Los índices de mortalidad infantil (157 de 1.000) y materna (580 de 100.000) están entre los más elevados del mundo⁶. En la actualidad el 10% de la población muere cada año de malaria. La falta de agua potable aumenta el riesgo de enfermedades como la diarrea o el cólera. Un informe reciente de UNICEF cita la diarrea y el cólera como dos de los mayores asesinos de niños y niñas, siendo la diarrea responsable de casi un cuarto de todas las muertes de niños y niñas menores de 5 años. También se indica que las enfermedades de transmisión sexual aumentan en el interior desde la vuelta de las personas desplazadas. La multiplicación de los casos de tuberculosis tiende a demostrarlo. El predominio del VIH/Sida en Liberia se estima alrededor del 8,2%⁷.

³ UN CAP 2006.

⁴ UN CAP 2006.

⁵ UN CAP 2006.

⁶ UN CAP 2006.

⁷ UN CAP 2006.

En cuanto a la educación, el retorno de muchos niños y niñas de los campos de desplazados internos ha puesto de manifiesto la falta de escuelas y material (cuadernos, lapiceros, tarjetas de registro...) en las regiones de retorno. Tres cuartos de las escuelas de Liberia sufrieron daños durante la guerra⁸. Mucho profesorado de todo el país es voluntario. Los y las que reciben un sueldo del gobierno no cobran de forma regular. Sólo el 20% del profesorado de las escuelas públicas de primaria está cualificado para la enseñanza⁹. Las tasas escolares y el precio de los uniformes siempre se presentan como obstáculos para enviar a los niños y niñas a la escuela. Se estima que un 55% de la población está en edad escolar y un 45% no tiene acceso a la educación¹⁰. En algunos casos los y las niñas que volvieron de los campos de desplazados internos no pudieron acabar el año académico. Además, las personas retornadas adultas siempre piden que se desarrollen programas de alfabetización para adultos, ya que apreciaron de forma especial este aspecto de los campos. La tasa de alfabetización adulta en Liberia es del 37%, muy baja en comparación con el promedio del África subsahariana que ronda el 61%.

El aumento de violencia doméstica también es una preocupación de primer orden en las comunidades de retorno. Este es un tema delicado del que las mujeres siempre se muestran reticentes a informar. Los y las retornadas siempre justifican dicho aumento con el estrés y el trauma de la guerra. La escasez de alimentos también se mencionó como fuente incesante de disputas entre maridos y mujeres. Aparte de esto, las mujeres ahora son mayoría en las comunidades de retorno porque un gran número de hombres fueron asesinados durante el conflicto. Siempre mantienen a las familias realizando trabajos de jardinería o llevando pequeños negocios. En algunas comunidades, los hombres aceptan esta situación con dificultad. Algunos dicen que se sienten desafiados por las mujeres, un sentimiento que se utiliza para explicar el aumento de los abusos domésticos.

⁸ UN CAP 2006.

⁹ UN CAP 2006.

¹⁰ COMITE INTERNACIONAL DE RESCATE, *Máximo Aprovechamiento del Aprendizaje: Revitalización de la Educación en Liberia después de la Guerra. 2006.*

Otro tema es la cantidad de gente desvalida que hay en las comunidades de retorno. La mayoría son personas ancianas, discapacitadas (invidentes, paráliticas...), huérfanas y, como se ha dicho anteriormente, madres solteras, aunque en la mayoría de las comunidades, las madres solteras no se consideran personas desvalidas. Por el contrario, se ocupan de las personas más débiles de su familia. Apenas existen iniciativas comunitarias para ayudar a las personas desvalidas. Les mantienen los miembros de la familia o la generosidad de los y las vecinas si no tienen familia. También hay muchos casos de personas vulnerables que no han recibido asistencia de las organizaciones humanitarias, que demuestran la falta de seguimiento de los individuos desvalidos desde los campos de desplazados a las comunidades de retorno.

A pesar de todos estos retos, las experiencias vividas por las personas durante su desplazamiento alimentaron su esperanza de reconstruir las comunidades de retorno. Los y las retornadas reconocen, de forma unánime, el beneficio que han supuesto los cursos de formación a los que asistieron en los campos de desplazados internos. También reconocen que la experiencia de la destitución y desplazamiento les ha enseñado la importancia de las iniciativas comunitarias. En los campos, las organizaciones humanitarias les animaban a reunirse y organizarse. En particular, las mujeres aprendieron a desarrollar iniciativas comunes. Y por último pero no menos importante, mientras vivían en los campos, los y las antiguas desplazadas internas aprendieron a interactuar con personas de otros grupos étnicos. Si el gobierno, las agencias de la ONU y las ONG los tuvieran en cuenta, todos estos factores podrían contribuir al desarrollo sostenible y a la consolidación de la paz en Liberia.

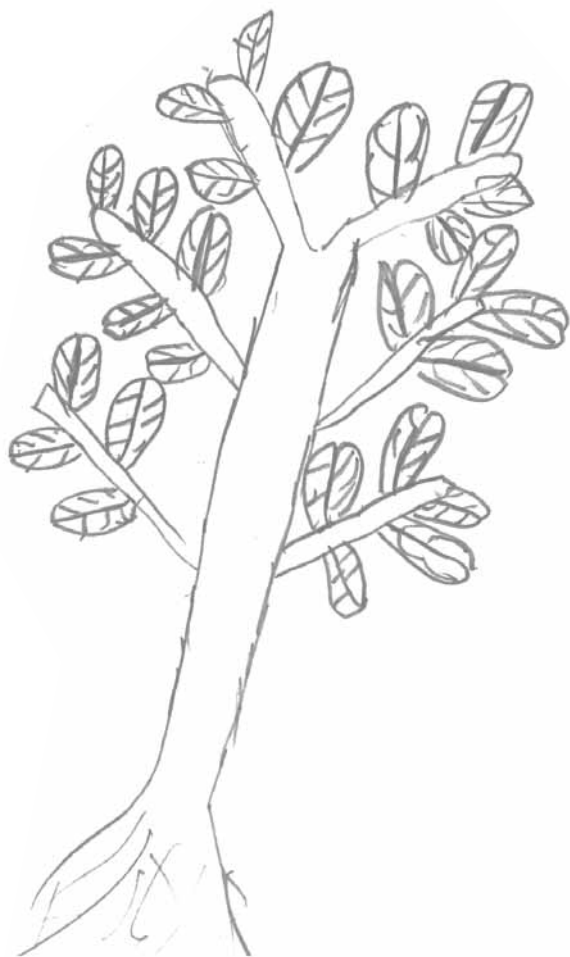
Puede que el proceso de retorno de las personas desplazadas internas haya finalizado oficialmente con el cierre oficial de los campos en abril, pero el proceso de reintegración de la población que fue desplazada acaba de empezar.

Capítulo 3

Horizontes de futuro

Eduardo J. Bofill Tortosa.
Psicólogo trabajador del SJR Liberia.







El contexto

Liberia intenta sobreponerse poco a poco a los 14 años de guerra que la han asolado. Sin acceso a servicios básicos como agua o luz, la calidad de vida no pasa de ser un ejercicio de pura supervivencia. Más de 1.000.000 de personas tuvieron que abandonar sus hogares huyendo de las consecuencias de un conflicto armado en el que niños, niñas, adolescentes y jóvenes han jugado desgraciadamente el papel de protagonistas. “Miles de niños y niñas han sido víctimas de asesinatos, violaciones y vejaciones sexuales, secuestros, torturas, forzados a abandonar sus hogares y trabajar en los diferentes bandos. (...) Pero no sólo fueron testigos de numerosas violaciones de Derechos Humanos, además fueron forzados a cometer todos estos abusos por ellos mismos¹.”

En el condado de Bong, a dos horas de la capital Monrovia, se encontraba uno de los mayores núcleos de desplazados del país, con más de 120.000 personas agrupadas en siete diferentes campos de desplazados. Llegaron huyendo de la guerra desde el condado de Lofa, lugar situado al norte del país y en el que comenzó la ofensiva rebelde contra Taylor. Utilizadas tanto por el bando gubernamental como por las fuerzas rebeldes para luchar, cargar con los equipajes de los combatientes, cocinar, o en el peor de los casos siendo usadas para satisfacer

¹ HUMAN RIGHTS WATCH, *How to Fight, How to Kill, Child Soldiers in Liberia*. February 2004 Vol. 16, No. 2 (A).

las necesidades sexuales de los combatientes, no tenían más salida que huir si querían salvar la vida o la dignidad, dejando atrás a familiares y amistades. La falta de alimentos y las enfermedades produjo que muchas de estas personas muriesen por el camino antes de llegar al campo de desplazados.

El SJR (Servicio Jesuita a Refugiados) gestionó en los campos de desplazados de Bong las escuelas públicas, junto con el MOE (Ministerio de Educación), y además ofrecía programas de formación laboral a jóvenes y personas adultas. Uno de esos campos, en los cuales el SJR desplegó su actividad, fue el Campo de Desplazados de Salala, en el que unas 30.000 personas habitaron durante unos 3 años.



El Campo de Desplazados de Salala

El SJR se hacía cargo de las dos escuelas públicas que existieron en el campo de desplazados de Salala (como en el resto de campos de desplazados de la zona), garantizando un acceso gratuito y no-discriminatorio a una educación a la que muchos de estos chavales y chavalas nunca habían tenido acceso. No olvidemos que en Liberia, la educación pública no es gratuita. Entre las dos escuelas, denominadas Salala 1 y Salala 2, se atendían a más de 3.000 personas por curso, en dos sesiones: por la mañana, de 8 a 12, acudían los y las más pequeñas, agrupados en dos niveles, ABC (4-6 años) y KG (6-9 años); mientras que al mediodía, de 12.30 a 16.30, los y las más mayores se distribuían en niveles desde el 1º grado hasta el 9º grado.

El edificio que albergaba la escuela estaba construido con los mismos materiales que el resto de construcciones del campo, es decir, un conglomerado de palos, barro y plástico que, cada cierto tiempo, alguna tormenta se encargaba, en parte, de echar por tierra. Se paralizaban entonces las clases para dar paso a una de las principales actividades transversales de la escuela: las tareas de reconstrucción por parte de alumnado y profesorado. Desde los más pequeños hasta las más mayo-